

Homilía: Quinto Domingo del Tiempo Ordinario – Año C – 9 de febrero de 2025

*Lecturas: Isaías 6:1-2a, 3-8 • Salmo 138:1-2, 2-3, 4-5, 7-8 • 1 Corintios 15:1-11 o 15:3-8, 11 •*

*Lucas 5:1-11*

El Evangelio de este domingo nos narra —en el relato de san Lucas— la llamada de los primeros discípulos de Jesús y pone en relieve la humildad y la obediencia de Pedro al mandato de Jesús. El evento tiene lugar en el contexto de la vida cotidiana: hay varios pescadores en la orilla del lago de Genesaret que, después de trabajar toda la noche y no pescar nada, están lavando y arreglando sus redes. Jesús se sube a una de las barcas, la de Simón, llamado Pedro, a quien pide que se aleje un poco de la orilla, y comienza a predicar la Palabra de Dios a la multitud que se había reunido. Cuando termina de hablar, les dice que remen mar adentro y echen las redes. Simón había conocido previamente a Jesús y había sentido el extraordinario poder de su palabra.

Por eso él responde: "¡“Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero, confiado en tu palabra, echaré las redes.” (v. 5). Y esta fe suya no defraudó; De hecho, las redes se llenaron de tantos peces que casi se rompieron (cf. v. 6).

Ante este extraordinario acontecimiento, los pescadores quedan profundamente asombrados. Simón Pedro se arroja a los pies de Jesús, diciendo: «Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador» (v. 8). Esa notable señal lo convence de que Jesús no solo es un maestro asombroso cuya palabra es verdadera y poderosa, sino que él es el Señor, es la manifestación de Dios. Para Pedro, esta presencia cercana provoca un fuerte sentido de su propia mezquindad e indignidad. Desde un punto de vista humano, piensa que debe haber distancia entre el pecador y el Santo. En realidad, su misma condición de pecador exige que el Señor no se aleje de él de la misma manera que un médico no puede alejarse de los enfermos.

En la primera lectura del profeta Isaías encontramos uno de los relatos bíblicos más impactantes e iluminadores de un encuentro con Dios. Oímos que Isaías estaba en el templo cuando de repente "vio al Señor sentado en un trono, alto y sublime, y el borde de su manto llenaba el templo. Por encima de él había serafines que lo acompañaban; cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían la cara, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y uno llamaba a otro y decía: 'Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria'".

El grito de los serafines: "Santo, Santo, Santo", que repetimos en cada Misa, indica esta forma única de la diferencia de Dios. Para los bíblicos de Israel "santo" significa "apartado" o "absoluto".

Isaías nos dice que, al sonido del canto de los ángeles, "los umbrales temblaron... y la casa se llenó de humo". Una experiencia en la de Dios nos cambia constantemente; nunca deja de sacudir los cimientos sobre los que nos apoyamos y hacer temblar los muros que confiamos nos protegerán. El verdadero Dios, cuando irrumpe en nuestras vidas (si se lo permitimos), nos saca de nuestra complacencia, nos reconfigura y nos derriba al suelo.

Dios quiere que reconozcamos nuestros pecados (lo cual hacemos como se podría esperar cuando estamos en su presencia), pero luego quiere limpiarnos y prepararnos para la misión.

"Entonces oí la voz del Señor que decía: '¿A quién enviaré y quién irá por nosotros? Y así, este relato del encuentro de Isaías con Dios que hemos escuchado en la primera lectura termina, muy apropiadamente, con su alegre respuesta: "Aquí estoy; ¡Envíame!"

En la segunda lectura, el apóstol Pablo nos recuerda que aquellos que se han convertido en familia a través del bautismo y el Evangelio que han oído predicar,

que han recibido, que el Evangelio no es mera catequesis o doctrina; es el poder de salvar. E incluso ahora está salvando a los Corintios si siguen comprometidos con lo que han aprendido de él. Si no perseveran en el mismo Evangelio, se habrán convertido en vano.

El Apóstol basa el Evangelio en la tierra firme de la tradición, remontándose a la vida de Jesús en la tierra. En el centro de la enseñanza cristiana está la muerte y resurrección de Jesús. Para esta tradición, Pablo toma prestado de un credo existente. El credo profesa cuatro elementos: Cristo murió, fue sepultado, resucitó y apareció. Las Escrituras del Antiguo Testamento habían prometido a alguien que nos salvaría de nuestros pecados. Esto es lo que logró la muerte de Cristo. Al mismo tiempo, la gracia de Dios venció el pasado pecaminoso de Pablo cuando escribió:

Pero por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia para mí no ha sido ineficaz. De hecho, he trabajado más duro que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. (1 Corintios 15:10.) Todo es gracia, y cada don que hemos recibido de Dios es a través de su gracia abundante.

¡En el Evangelio que acabamos de escuchar! Pedro confiesa que es un hombre pecador, pero no muy diferente de Isaías en la primera lectura, quien, después de

ver una visión del Señor Dios, reconoció que era "un hombre de labios impuros".

Apártate de mí, le dice Simón a Jesús, muy consciente de su propia indignidad.

Sin embargo, son precisamente las personas que reconocen sus pecados a las que Jesús ha venido a llamar.

El pecado de Pedro fue vencido por Jesús, que es gracia en su plenitud, quien lo llamó: "No temas; A partir de ahora, será pescador hombres".

Este Pedro que pronunció estas palabras era un pescador y, en nuestros días, un orador público merece grandes elogios si es capaz de conversar con un pescador.

Dirigiéndose a los primeros cristianos, el apóstol Pablo dice: Hermanos y hermanas, acuérdense de lo que eran cuando fueron llamados. No muchos de nosotros éramos sabios según las normas o estándares humanos de la sociedad; No muchos de nosotros éramos prominentes o de nacimiento noble.

Pero Dios, mis hermanos y hermanas, escogió lo que el mundo considera débil para desconcertar a los fuertes; Dios escogió lo que el mundo considera insensato para reducir a los sabios; Dios escogió lo que el mundo considera común y vergonzoso, sin importar nada, para destronar o derrumbar el orden existente.

Si Cristo hubiera escogido primero a un hombre hábil para hablar en público, tal vez ese hombre hubiera dicho: 'He sido elegido a causa de mi elocuencia'. Si

hubiera elegido a un senador, el senador podría haber dicho: 'He sido elegido por mi rango'. Si su primera opción hubiera sido un rey, el rey seguramente habría dicho: 'He sido elegido por el poder que tengo a mi disposición'.

Que estos ilustres guarden silencio y se sometan a los demás; Déjalos callar por un tiempo. Al decir que hay que pasarlos por alto o despreciados, simplemente pido a todos los que puedan encontrar algún motivo para enorgullecerse de lo que son que cedan un poco a los demás.

Cristo dice: "Dame a este pescador, a este hombre sin educación ni experiencia, a este hombre a quien ningún senador consentiría en hablar, ni siquiera si estuviera comprando pescado. Sí, dámelo; una vez que haya tomado posesión de él, será evidente que soy yo quien está obrando en él. Aunque pretendo incluir senadores, oradores y reyes entre mis reclutas, incluso cuando haya ganado al senador, todavía estaré más seguro del pescador.

El senador siempre puede enorgullecerse de lo que es, así como el orador y el rey, pero el pescador no puede gloriarse de nada más que de Cristo. Cualquiera de estos otros hombres puede venir y aprender de mi lecciones sobre la importancia de la humildad para la salvación, pero que el pescador sea el primero. Ese pescador es la mejor persona para conquistar a un rey".

Recuerden, entonces a este pescador, este pescador santo, justo, bueno, lleno de Cristo. En sus redes lanzadas por todo el mundo, tiene la tarea de atrapar a esta nación, así como a todas las demás.

Para terminar, pidámosle hoy a la siempre Santa e Inmaculada Virgen María, nuestra Madre, que, como ninguna otra, acogió al Señor en la barca de su vida, que interceda por nosotros. Así que, al igual Pedro, nosotros tengamos el valor para acoger a Jesús en la barca de nuestros corazones. “No tengan miedo”.